



CONCURSO DE RELATOS

XIX DÍA DEL PÍNFAÑO

Córdoba, octubre, 2024

EL RÍO LÉREZ

(Relato basado en hechos reales)

Acabado el curso viajábamos en autobús al Instituto Nacional de Enseñanza Media de Pontevedra —actualmente se llama Valle Inclán, pero en el Libro de Calificación Escolar no consta su nombre y para nosotros era simplemente el Instituto— para examinarnos por libre, los nervios estaban a flor de piel entre los estudiantes porque daba igual si habías llevado los estudios bien, mal o regular durante el curso, el examen final en el Instituto era el que dictaba la sentencia definitiva y de las notas dependía el veraneo.

El 22 de junio de 1965 subimos de forma ordenada, tras pasar la inevitable lista, al autobús militar que nos llevaría hasta Pontevedra desde Padrón, distantes poco más de 40 kilómetros; las monjas lo tenían todo meticulosamente preparado y previsto, las bolsas individuales de comida para el tradicional y esperado picnic campestre, la documentación necesaria, todos los huérfanos en perfecto estado de revista, el pelo cortado casi a cepillo, bien lavados y peinados a raya con tiralíneas, los uniformes limpios, los zapatos relucientes, los calcetines blancos bien estirados hasta debajo de la rodilla, soldaditos de plomo recién pintados.

Una vez en marcha tocaba cantar a coro para amenizar el corto trayecto, «ahora que vamos despacio vamos a contar mentiras tra la rá, para ser conductor de primera acelera, acelera, qué buenas son las hermanas no sé cuántos, qué buenas son que nos llevan de excursión...» y la lista completa de grandes éxitos típica de las excursiones, todos a una seguíamos el obligado rito coral intentando conseguir calma y tranquilidad cara a los exámenes.

Al llegar a Pontevedra nos apeábamos cerca del Instituto, situado en el paseo de la Alameda, siempre llegábamos sobrados de tiempo, la puntualidad de nuestras monjas sería la envidia del colegio inglés más exigente; antes de entrar nos dejaban pasear unos minutos por el parque de las Palmeras para descargar la ansiedad acumulada durante los días previos; recuerdo que allí había un pobre mono atado por el cuello con una larga y ligera cadena; al aire libre, sin una mínima jaula en la que guarecerse, el pobre animal se estresaba ante tanto niño revoltoso merodeando su espacio y se volvía una fiera agresiva, había que tener mucho ojo porque como te pillase desprevenido lo llevabas claro.

Una vez reagrupados y contados por enésima vez, no fuera que se hubiera despistado alguno, subíamos la imponente escalinata de entrada al Instituto bajo la estricta vigilancia de las monjas y buscábamos las aulas de los exámenes que tocasen aquel día; en el corto descanso de la mañana las monjas nos reunían en la escalinata interesándose uno a uno por los exámenes, nos daban el deseado medio bocadillo de mortadela de las once y volvíamos al parque para atormentar otro rato al pobre mono; le tirábamos trozos de pan en el límite de alcance de la cadena para ver cómo se las ingeniaba para cogerlos, a esas horas el pobre animal ya estaba que se subía por las inexistentes paredes de su encie-

rro, necesitado con urgencia de una ración extra de calmantes porque nosotros no éramos los únicos niños que lo mortificaban, los alumnos de todos los colegios allí congregados hacían lo mismo.

Hay quien afirma que realmente era una mona, investigando he leído en El Correo Gallego «Uno de los animales más conocidos del antiguo parque de Las Palmeras era la mona Chita, un simpático simio que hacía constantemente monerías a niños y mayores. Su simpatía era tal que llegó a convertirse en uno de los reclamos para los visitantes de la ciudad y en el animal más conocido del mini zoo», bueno, afirmar que era simpática parece una hipérbole interesada porque, al menos durante aquellas estresantes jornadas, la pobre Chita sacaba a relucir lo peor de su carácter.

El primer examen de la tarde iba a ser Dibujo Artístico, las carpetas individuales y los estuches con lápices de colores y gomas viajaban guardadas en el amplio maletero del autobús; cada carpeta contenía las láminas que eran de presentación obligatoria para optar al aprobado, sin entregarlas al profesorado al entrar en el aula ni siquiera te dejaban examinar; habían sido trabajosamente dibujadas durante el curso, siempre con la sor al quite, no pasaban ni una que no estuviera perfecta; recuerdo lo difícil que me resultó dibujar la del oso polar, sudé la gota gorda para conseguir el visto bueno de la monja, más por su desesperación que por mi habilidad artística, aunque más que un oso polar el garabato bien pudiera ser cualquier animal grande con garras y pelo.

Al acabar los exámenes de la mañana subimos al autobús, por fin íbamos a comer, a esas horas estábamos todos caninos esperando meterle el diente al bocadillo de filete empanado y sobre todo al de tortilla de patatas. En la bolsa también había fruta, las cocineras trabajaban a destajo esos días.

Nuestro autobús enfiló la ribera del río Lérez buscando una pradera, siempre la misma, a la sombra dónde tendría lugar el picnic; a lo lejos, en la otra orilla, divisamos el estadio Pasarón, donde jugaba sus partidos el Pontevedra CF que ese año había ascendido a Primera al quedar campeón del grupo I de Segunda; muchos teníamos al Pontevedra como segundo equipo preferido ya que, procediendo de todas las provincias de España, cada cual llegaba al orfanato con su equipo favorito decidido desde la cuna.

En un momento determinado el soldado conductor, ya fuera por sueño, despiste, exceso de velocidad, fallo mecánico o porque era su destino, perdió el control del vehículo precipitándose por una pequeña pendiente directamente al río, pude ver claramente como la monja que estaba de pie en el pasillo mirando hacia atrás, probablemente contando cabecitas pelonas para asegurarse de que estuviésemos todos, salía despedida y caía de espaldas con los brazos en cruz sobre el parabrisas que se astilló por el impacto, enseguida empezó a entrar agua por las fisuras hasta que se rompió del todo; durante su inesperado vuelo sin motor nos enseñó a todos el abultado refajo que llevaba bajo el hábito;

el autobús pasó rozando —afortunadamente sin chocar contra ellos— entre dos grandes árboles de la ribera antes de adentrarse fuera de control en el agua del río entre un revuelo de monjas y niños gritando por la sorpresa y la inercia del frenazo en seco.

El vehículo quedó inclinado con la parte delantera sumergida en el río, las ruedas traseras al aire girando alocadas sobre su eje al perder contacto con el suelo, sobresaliendo ligeramente por encima del nivel del agua; enseguida apareció gente dispuesta a prestarnos ayuda, nos fueron sacando por turno por la puerta de atrás dejándonos sobre la arena de la orilla, calados de arriba abajo, confusos y emocionados a partes iguales; desde dentro nos ayudaban a salir las monjas y el aturdido conductor que, como corresponde a los buenos capitanes, fueron los últimos en abandonar el improvisado barco mientras se iba a pique; junto a la orilla se había formado un gentío de curiosos observando como el navío terminaba de hundirse en el fango, dejando fuera del agua el castillo de popa como mudo testigo del naufragio.

Me acuerdo perfectamente de un chico de Calatayud que se rompió el brazo, su nombre era Julián Huete Heredero aunque para todos fuera el 89 porque cada uno teníamos nuestro propio número personal y a nadie se le llamaba por su nombre, seguramente él tampoco habrá olvidado el accidente; a la mala suerte de que se rompiera el brazo hay que añadir que esa tarde tocaba examinarse de Dibujo Artístico, una asignatura de las llamadas María a la que yo tenía aprensión, pero al menos no hubo que lamentar más heridos de consideración que el maño 89 y la monja voladora que se llevaría un susto de muerte, aparte de quedar magullada por el golpe recibido contra el parabrisas.

Lamentablemente las carpetas, los estuches de los lápices y los dibujos del curso estaban inutilizados mojados por el agua, las láminas quedaron para el arrastre; cuando más tarde una grúa devolvió el autobús a la alameda y se comprobaron los daños, se determinó que no podrían presentarse en el examen como prueba irrefutable del trabajo escolar; puede decirse que tuvimos buena suerte, porque nos salvamos de una buena, y a la vez mala porque aparte de perder los trabajos pictóricos, las bolsas de viaje con la comida también se echaron a perder en el accidente, estaban en el mismo compartimento que las láminas y corrieron la misma suerte, solidaridad ante la desgracia se llama la figura.

Las monjas pronto solucionaron el problema, contactaron de inmediato con quien fuera, consiguiendo que el Ejército nos diera de comer sin tener que esperar demasiado, porque mantener bajo control a tantos pínfanos hambrientos hubiera sido complicado; ellas mismas se encargaron de convencer al tribunal del Instituto para que aceptasen bajo su palabra de honor que todos habíamos realizado las láminas obligatorias; sin más incidencias, aunque con retraso sobre la hora prevista, nos examinamos y en otro autobús regresamos al colegio, aliviados tras la experiencia y de nuevo cantando a coro todo el repertorio que

la ocasión merecía; volvíamos con una gran aventura que contar a los que se habían quedado en el colegio porque ese día no les tocaba examinarse.

Revisando el Libro de Calificación Escolar, he comprobado que suspendí el Dibujo, «Suspense, 2», mucho peor de lo esperado, aunque en la convocatoria de septiembre aparece como «Aprobado, 5»; el dibujo artístico nunca ha sido lo mío, pero prefiero pensar que el accidente influyó en el resultado.

TRAGEDIA EN NOCHEBUENA

Seis muertos y dos supervivientes tras caer un autobús al río Lérez en Pontevedra. El crecimiento del caudal por la intensa lluvia dificulta las labores de rescate en Cerdedo - Cotobade. Una de las pasajeras logró avisar a emergencias desde el interior del vehículo.

Esa misma noche fueron rescatados los dos primeros cadáveres y los dos únicos supervivientes: el conductor y una pasajera que logró llamar a emergencias con su móvil. Las labores de recuperación, que tuvieron que suspenderse por las condiciones extremas del río, se han retomado este domingo, día de Navidad. Tras encontrar un tercer cadáver dentro del autocar, la Subdelegación del Gobierno en Pontevedra informó a primera hora de que ya no quedaban más cuerpos en la cabina, inundada de agua hasta el techo, y comenzó a buscar al resto de los pasajeros en el río, especialmente en la zona de una presa situada aguas abajo, donde había restos del accidente. Finalmente han sido hallados tres cadáveres más; el último, el del pasajero más joven, un estudiante de 21 años que volvía a Nigrán desde Lugo.

Extracto de la noticia aparecida en prensa el domingo 25 de diciembre de 2022 que me hizo recordar nuestro propio accidente, del que por suerte salimos ilesos, y me impulsó a escribir este relato.